un buen camino: tome usted su bebida, que nada importa el nombre que mi compañero le dé, y si la fiebre desaparece, como yo lo espero, tome usted mañana una tasa de chocolate, en la cual mandará usted mezclar dos yemas de huevos frescos.

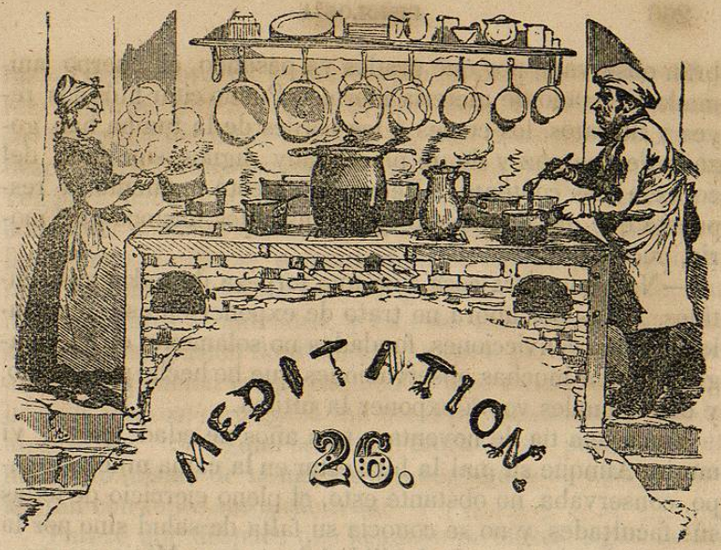
En el momento mismo en que acabó de decir estas palabras, tomó su baston y su sombrero y nos dejó. Al salir, continuamos mi amigo y yo nuestra conversacion y nos divertimos con las ocurrencias del doctor.

Pocos momentos después de nuestra conversacion, obligué á mi enfermo á que se tomarse su buena dósis de mi bebida: el paciente la tomó con tanto gusto, que aun queria le diera mas; pero le manifesté que era necesario el reposo y un intervalo cuando menos de dos horas. Antes de despedirme le dí otra toma y me separé dejándole fuera de peligro.

Al dia siguiente el paciente se encontraba sin la fiebre y casi bueno: se dedicó á almorzar segun se le habia prevenido; siguió tomando mi bebida, y pudo después de tres dias entregarse á sus ocupaciones ordinarias, mas el labio no se compuso sino hasta los tres dias.

No se pasaron muchos dias sin que el hecho no se divulgara, y todas las señoras se hablaban en voz baja sobre el acontecimiento.

Algunas personas se admiraban de ver á mi amigo: todas las mas le compadecian y ensalsaban al profesor gastrónomo.



DE LA MUERTE.

Omnia mors poseit, lox est, non pœna, perire.

122:

Es muy admirable que el Criador haya puesto al hombre sus diferentes estados y le haya dado tambien algunas necesidades: entre estas y aquellos vemos el nacimiento, la accion, la comida, la reproduccion y la muerte.

La muerte se puede considerar como la total suspension de las facultades sensibles y el completo aniquilamiento de las fuerzas vitales que abandonan al cuerpo á las leyes de la destruccion.

Todas sus necesidades las considera siempre templadas con algunos goces, y aun la muerte misma no carece de encantos cuando es natural, es decir, cuando el cuerpo ha pasado por las diversas fases de la pubertad, adolescencia, juventud, vejez y decrepitud, á las cuales está destinado.

Aquí no me he propuesto sino hacer un corto capítulo, y para lo que imploro el auxilio de los médicos, quienes ha-

brán observado por qué grados va pasando el cuerpo animado al estado de materia inerte. Puedo citar filósofos, reyes y literatos, los cuales á los bordes de la tumba han gozado de una paz y de un placer muy dignos sin duda del corazon mas contento. Recuerdo en este momento la respuesta que dió Fontenelle en los instantes mismos que moria, pues dijo:

—No siento otra cosa sino una torpeza de todos mis sentidos. Mas por ahora no trato de exponer en este capítulo sino mis convicciones, fundadas no solamente en la anagía, sino en muchas observaciones que he hecho por mísmo, y de las cuales voy á exponer la última.

Tenia una tia de noventa y tres años de edad, la cual ví morir. Aunque su mal la hizo estar en la cama mucho tiempo, conservaba, no obstante esto, el pleno ejercicio de todas sus facultades, y no se conocia su falta de salud sino por la falta de apetito y por la debilidad de su voz. Mi tia me apreciaba sobremanera, y para corresponder su afecto me puse á servirle junto á su cama en cuanto me ocupaba, lo que me proporcionó ver con bastante escrupulosidad cuanto en ella pasaba.

—Sobrino, ¿qué haces aquí? me dijo con una voz bastante débil.

—Aquí estoy á las órdenes de usted, y me parece que debia usted de beber un poco de vino añejo.

—Dámelo; el líquido siempre se asienta.

Me apresuré á dárselo, la senté con mucho cuidado y la obligué á que se tomara medio vaso de mi mejor vino. Entonces la ví que se reanimó; y volviendo á mí sus ojos, que habian sido muy hermosos, me dijo: Te doy mil gracias por este último servicio: si llegas alguna vez á mi edad, conocerás que la muerte es una necesidad como la del sueño.

Estas fueron sus últimas palabras, pues media hora después murió.

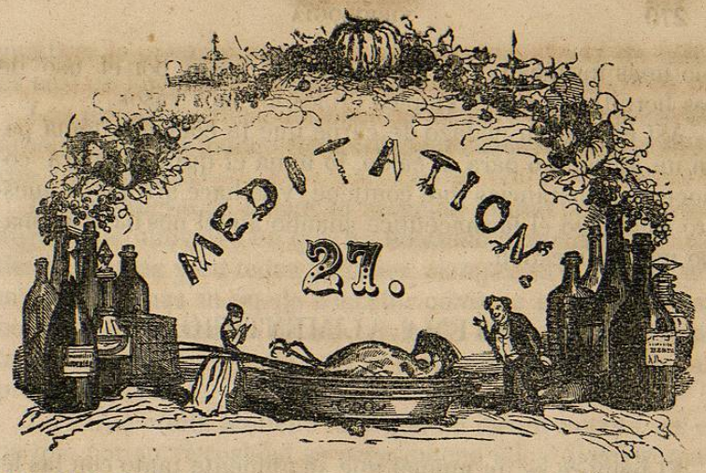
El doctor Richerand ha descrito con tanta verdad como filosofía los últimos pasos de la vida del individuo, que espero mis lectores aprecien un pasaje de este autor, el cual voy á trascribir.

"He aquí el órden en que las facultades intelectuales cesan y se descomponen. La razon, este atributo que es exclusivamente del hombre, es, segun la opinion de varios observadores, lo que primero abandona al individuo. En el momento de su gravedad pierde la facilidad de unir sus conceptos, poco después la de compararlos, de combinarlos y de reunirlos á la vez para manifestar los actos de su voluntad. Por esta razon cuando el enfermo se encuentra en este estado, se dice que ha perdido la cabeza, que sus ideas se extravian, que delira. El delirio se forma por lo regular de las ideas que son mas familiares al individuo, y en este momento es cuando se conoce su pasion dominante: el avaro, por ejemplo, tiene en su imaginacion los pensamientos mas extravagantes sobre sus tesoros; otro quizá mil concepciones fanáticas que lo aterrorizan. Si alguno se muere fuera de su patria, en el momento mismo de la muerte los recuerdos de esta se presentan con todos sus atractivos.

"Parece que después que la razon se ofusca, sigue la facultad de comparar las ideas, que es el juicio. Esto acontece por lo regular cuando el enfermo está desfallecido, como lo he obervado en mi propia persona. Platicaba con un amigo en el momento mismo en que empecé á sentir alguna dificultad para unir mis conceptos, para expresar una idea; mas aunque decia alguna cosa, no lo manifestaba con claridad, y sin embargo, conservaba mi memoria, el tacto, y oia perfectamente á las personas que se hallaban á mi derredor. Mi amigo se empeñaba en hacerme salir de este estado, que no me era desagradable.

"Después que desaparece el juicio, se extingue la memoria. El enfermo que cuando deliraba reconocia á sus parientes, los desconoce después que la memoria ha empezado á trastornarse. Por último, el enfermo pierde la sensibilidad, mas esto va sucediendo por un órden gradual; el gusto y el olfato se consideran nulificados: la vista toma un carácter alarmante y los ojos se cubren de una tela, aunque el oido escucha los sonidos y el ruido. Por esta razon los antiguos daban mil gritos en los oidos de los difuntos para ver si habian muerto completamente. El que está muriendo ya no percibe, no gusta ni oye. Solamente se nota que le queda el tacto, se voltea sobre su cama, mueve sus brazos y no está un momento quieto; en una palabra, tiene los mismos movimientos que el feto en el seno de su madre. Por esta

razon en el momento en que la muerte va á cortar el hilo de su vida, nada le puede imponer; pues él termina sus dias como los empezó, sin tener conocimiento de ellos." (Richerand, *Nuevos elementos de fisiología*, novena edicion, tomo 2.°, página 600.)



HISTORIA FILOSOFICA DE LA COCINA.

123.

El arte de cocina es sin duda el mas antiguo, siendo así que Adan nació en ayunas; y apenas apareció sobre la superficie de la tierra el recien nacido, cuando se puso á dar de gritos que solo se calmaron con los alimentos.

Este arte lo podemos considerar como el mas útil y el que mas inmediatamente nos ha prestado grandes servicios para la vida civil; pues por atender á las necesidades de la vida hemos perfeccionado el arte de cocina, y este no ha alcanzado su perfeccion sino por el auxilio del fuego, que es por el cual el hombre hace cuanto quiere de las cosas naturales.

Si nos remontamos en nuestras observaciones, veremos que se encuentran tres clases de cocinas.

La primera, que prepara los alimentos y conserva su nombre primitivo.

La segunda se ocupa de analizarlos y de conocer su combinacion, á la cual se llama *química*.

La tercera, que se puede llamar cocina de reparacion, es conocida comunmente con el nombre de *farmacia*.

Si son distintas por sus objetos, se pueden considerar co-